

- * DORADO, CARLOS (VERANO 2008): “¡ES MUCHO HOMBRE ESTA MUJER! EL ILUSTRADO MADRID DE DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN”, *ILUSTRACIÓN DE MADRID*, NÚM. 8, PP. 19-24;
 (INVIERNO 2008-2009): “EL MADRID DE DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN. PAISAJES Y FIGURAS DE LA VILLA, EN SU OBRA LITERARIA. II. , *ILUSTRACIÓN DE MADRID*, NÚM. 10, PP. 201-208
 (PRIMAVERA 2009): “EL MADRID DE DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN. Y III. EN BUSCA DE LOS PASOS PERDIDOS: DOMICILIOS, VISITAS E ITINERARIOS”, *ILUSTRACIÓN DE MADRID*, NÚM. 11, PP. 67-73.

A lo largo de una bien pautada serie de artículos firmados por Carlos Dorado, actual director de la Hemeroteca Municipal de Madrid y patrocinador eminente de iniciativas que rescatan la memoria publicística de Emilia Pardo Bazán (es de consulta imprescindible y grata siempre su edición facsimilar de la serie de *La vida contemporánea* en *La Ilustración Artística* de Barcelona), somos convocados a recorrer los espacios madrileños que la autora coruñesa habitó, conoció y colonizó para la ficción en una suerte de comunión con la Corte que solo Galdós –el novelista de Madrid por antonomasia– compartiría con la autora de *Insolación* entre la pléyade de novelistas españoles del Gran Realismo.

En efecto, ninguno de ellos, a excepción de su admirado Galdós, llegó a instalarse en la Villa y Corte y a promover durante su vida madrileña con la misma intensidad una tan eficaz red de relaciones sociales matritenses y es esto algo de particular interés teniendo en cuenta que su nacimiento fue, como en el caso de Alas, Pereda, Palacio Valdés, Oller..., y del mismo Galdós, periférico, en provincias. De la pugnaz condición de gallega que se desprende de toda su obra y de su discurso como mujer de letras no se derivó, sin embargo, una excluyente y reconcentrada territorialidad literaria, antes al contrario, la vivió como palanca de cosmopolitismo. Y la primera estación de aquel viaje hacia el mundo era, inevitablemente, Madrid.

La escritora llegaría a conquistar Madrid, a hacer suya la ciudad donde desarrollaría gran parte de su trayectoria vital y literaria, el lugar donde se asentaría su familia, donde viviría sus años de autora ya consagrada y reconocida, donde moriría y reposaría. Como bien demuestra Carlos Dorado, nunca fue ajena al palpito madrileño. Sus años tiernos en el internado, que el autor de estos artículos sabe descubrir gracias a su sagaz penetración y a un aquilatado conocimiento de la escritura de la autora, sus juveniles prácticas ecuestres ya recién casada, sus recuerdos de una mocedad pronto dirigida a afianzar su decisión de escribir contra viento y marea y caiga quien caiga, su curiosidad ávida de respirar el aire limpio de una urbe en la que podía observar sin cortapisas el runrún de la vida... van a encontrar en aquel Madrid un escenario y una justificación, el definitivo espaldarazo que le

permitirá despegar como escritora y mujer libre. Pero ello no supondrá ninguna renuncia, siempre seguirá siendo una mujer gallega, una coruñesa, alguien capaz de entender otros lugares, de adaptarse a ellos, de enriquecerse con su peculiaridad y de contarla desde una atalaya privilegiada: la del que es otro, la del que viene de otra parte y ve con ojos nuevos y puede, por ende, contarlo de manera nueva, descubriéndolo. Julián Álvarez es un intruso que no llega a integrarse sin dolor en el mundo de los Pazos; doña Emilia no lo será en el mundo abigarrado de la corte: su periplo tiene un sentido inverso, su vigorosa inteligencia también. Pero toda novela, toda obra literaria, arranca de la conciencia de una extrañeza, de un desarraigo, de una desubicación; alguien arriba a un lugar ignoto, trata de iluminarlo, se afana en penetrarlo. No importa que fracase, todo indica que Julián no consigue lo que se propone, lo que importa es cómo se han puesto en contacto, qué clase de interacción ha llegado a entablarse. Sin esa dialéctica no podríamos entender la obra de Emilia Pardo Bazán, los ejes de su actuación artística (provincia-corte, España-Europa), de ahí que abordar la novela de doña Emilia en Madrid, asunto central de esta serie de artículos de Carlos Dorado, sea crucial y no solo para el mejor entendimiento de su biografía, de su talante personal, sino, y sobre todo, para una más cabal indagación en el temperamento literario de la autora de *Los Pazos de Ulloa*.

Nos introducimos, de la mano del mejor cicerone, en esa novela madrileña de Emilia Pardo Bazán, y la imbricación cervantina entre literatura y vida no puede ser más oportuna y bien traída por la cita del *Persiles* (I, p. 19) que da paso al objetivo de esta serie tripartita de Carlos Dorado: el examen minucioso de cómo vivió Madrid y el de cómo Madrid “quedó prendido e influyó en los perspicaces renglones de doña Emilia” (*ib.*). Pero, además, este viaje que nos propone el director de la Hemeroteca Municipal madrileña tiene otra virtud, que se ajusta al espíritu de la revista en la que se inserta esta publicación seriada, y es la de reconstruir o restaurar unos espacios que el paso del tiempo ha ido relegando, modificando o haciendo desaparecer hasta el punto de hacernos conscientes de que no puede haber sino “una invitación de paseo arqueológico” (*ib.*).

Es muy singular la manera rotaria de plantear dicho paseo y obedece ésta a un decantado rastreo de los pasos madrileños de la autora, propio de alguien que ha seguido atento su ir y venir intentando completar un mapa de calles y plazas, casas y teatros, relaciones y conocimientos que permanecían desdibujados o solamente aludidos superficialmente en el océano de escrituras de la autora, en sus testimonios y confesiones, en sus crónicas las más de las veces, —éste es sin duda el vivero principal, que conoce bien C. Dorado—, en su obra de ficción en suma.

El primer tramo del paseo ubica a doña Emilia en Madrid, detalla el momento en que se produjo el encuentro entre la niña, de unos diez u once años, llegada de A Coruña para estudiar como mediopensionista en un internado francés —“pudo ser el de las Damas de Monteuil, establecido en 1846”, tal vez sito en el palacio de Medinaceli, I, p. 20— y ya aficionada al dinamismo de los trenes, como atestigua C. Dorado en su sutil lectura del recuerdo que la autora evoca en los “Apuntes

autobiográficos” de 1886 de aquella locomotora, colmo moderno de la juguetería infantil, y de su preferencia por un caballo de cartón *-in nuce* aquí su indiscutible afición a la equitación, presente, añadimos nosotros, en su obra en ese delicado tratamiento del caballo distintivo de quien ha convivido con el animal y conoce los secretos de su conformación, su disposición y su denominación variopinta. Carlos Dorado nos incita a recrear aquella atmósfera previa a la Septembrina, hito trascendental en la vida y la obra de la autora gallega, como no puede ser menos, a falta de datos positivos. Conocemos muy poco de esa infancia y adolescencia; ni de su avatar madrileño ni de su primera manifestación en Galicia quiso doña Emilia dejar testimonio. Será su enlace prematuro, coincidente con el estallido de la Revolución, y con su puesta de largo, el umbral que ella decide establecer al edificar su identidad literaria en sus “Apuntes” y desde el cual empieza a ser frondosa la información. Antes solo cabe la conjetura: “No hay noticia de Emilia por Madrid hasta después de su boda en 1868. Tal vez durante su viaje de novios, camino de Sevilla, como en 1876” (*ib.*). Padres e hijos se instalan en el Hospedaje del Casino entre febrero de 1869 y enero de 1871, en la Carrera de San Jerónimo. Allí conviven las ocupaciones parlamentarias de su padre con las distracciones de la joven recién casada. Carlos Dorado sabe desplegar la novedad que éstas representaron, el bullicio cortesano de la sociedad elegante que Emilia percibe y que nombrará después, las relaciones que entabla ya entonces con el gran mundo, y su dedicación como jinete “por la Alameda de Osuna, la Casa de Campo o las Rondas” y como asistente a tertulias, sesiones musicales y de teatro, a los toros, y al viejo Ateneo, del que es asiduo visitante su padre. No ignora C. Dorado el trance político que la joven atraviesa y que parece haber querido velar después: “No permanece ajena al tejemaneje político, pero la Emilia reflexiva y cauta, siempre a la zaga de la Emilia apasionada y espontánea, difuminará detalles sobre el particular” (*ib.*), en alusión a su probable adhesión a los grupos que rechazan a Amadeo. Sabe detectar aquí Carlos Dorado una contradicción en el hecho de que sea precisamente Amadeo I de Saboya quien facilite la concesión del título de Condesa y será su marcha la que determine también la salida de España de la familia Pardo Bazán-Quiroga.

Siempre me ha resultado curiosa la manera distanciada en que la autora de *Los Pazos*, al escribir los “Apuntes”, revela el hastío que la vida mundana le venía produciendo y la carencia que experimentaba de vida intelectual y meditabunda. Los sucesivos partos y la dedicación a la maternidad van a ser, como se desprende de los sugestivos párrafos de Carlos Dorado, entre 1876 y 1881, el paso del Rubicón hacia la toma de decisión más importante de su vida: escuchar la voz de la vocación literaria y seguirla sin vacilación de ninguna clase, por encima de cualquier servidumbre marital o familiar. Será el hartazgo de una situación insatisfactoria en el terreno conyugal, del desengaño personal que vive en relación con su marido y la familia política, una de las principales razones de la crisis más importante que experimentó como mujer y de la cual saldrá reforzada su condición de escritora, ya patente desde 1879 al publicar en Madrid su primera novela, *Pascual López*. Hay un antes y un

después de los años 1881-1883, esto es, de la secuencia formada por *San Francisco de Asís*, *La cuestión palpitante* y *La Tribuna*, su novela marinada por excelencia, en la que rompe amarras, identificándose con la mujer nueva, crisálida que habla y pare, y ante todos asume su papel y saluda un nuevo tiempo. Como escribe Carlos Dorado: “a Emilia le parecería [que] era ella misma la que volaba, liberada por la separación matrimonial, de un *letargo estéril*, de un *ambiente grueso y espesísimo*” (*ib.*) y llega a parangonarla con el Rastignac balzaquiano que va en pos de París.

“Doña Emilia conquista Madrid”, el epígrafe siguiente de la primera entrega, no puede ser más expresivo y queda suficientemente explicado en la mención de su inscripción en 1884 en la Asociación de Escritores y en sucesivos domicilios madrileños: Hotel de Rusia, Hotel Victoria, una fonda en Santa Ana, Serrano, 68, Marqués del Duero, 8, Victoria, 2. La minucia indagatoria de Carlos Dorado, que tanto hemos de agradecerle cuantos estudiamos la figura a veces renuente y esquiva de la autora gallega, precisa y detalla amparándose en datos espigados en múltiples textos y en diseminados testimonios hemerográficos tan necesitados de una sabia recomposición como la suya. Cafés y cenáculos son también testigos de la campaña madrileña de doña Emilia, cauces de su promoción social y literaria. La hipótesis de que fuese Galdós, aunque no se concrete si en persona o a través de su obra extraordinaria en los años 80, “su guía para conocer Madrid hasta la entraña popular y el componente canalla” (I, p. 21) puede tener sentido habida cuenta de la amistad y relación amorosa que llegaron a entablar y que conduciría a don Benito incluso a copiar trasuntivamente en Candelaria un sesgo caricatural de su amante.

La profesión periodística y literaria afianza en sus pasos madrileños a doña Emilia pero no menos lo hace esa intensísima malla de relaciones sociales, tejida con denuedo al calor de una sociabilidad urbana que tiene en la anfitriona el epítome de la mujer refinada y siempre dispuesta a la conversación pródiga en saberes, al intercambio intelectual y a los goces del salón. Foco de esa vida madrileña será su casa madrileña por excelencia, aquella en la que establece la razón editorial de sus obras completas, San Bernardo, 37, (“El domicilio se convierte de inmediato en redacción, administración y hasta almacén del admirable empeño que es su revista *Nuevo Teatro Crítico*, de la edición de sus *Obras completas* y de la Biblioteca de la Mujer”, (I, p. 22), donde residirá casi treinta años, sus *cuarteles de invierno*, como gusta de llamarlos por reservar los meses del calor a las auras mariñenses, el otro polo de su vida. El argumentario de Carlos Dorado llega así al epígrafe “Doña Emilia se hace madrileña”, bien expresivo del proceso al que la coruñesa se sometió y que tendría sus altibajos y discontinuidades. Prueba testimonial al canto: los empadronamientos madrileños, que no impiden traslados de residencia a Galicia, su tierra. De su “galleguismo medular” se hará eco en la segunda entrega sin que deje de ser compatible con su condición de madrileña ya no ocasional.

Es conocido el domicilio de San Bernardo a través de crónicas diversas y esta casa que se abre a los visitantes e invitados es también un teatro de cultura y vida en la prensa, una muestra más del encumbramiento social y literario de Emilia Pardo

Bazán, ya muy presente en polémicas y debates e incluso zaherida por su decisión de vivir en Madrid por otros colegas que, como Pereda, aprovechan esa circunstancia para extrañarse de ella. Y a su vez doña Emilia la usa para afean la actitud centrípeta del repliegue.

Muy rico es el acarreo de citas de la autora, siempre pertinentes al propósito expositivo del estudioso, extraídas de un amplio muestrario en el que prima el carácter confesional e incluso íntimo de muchas de las crónicas traídas a colación. Así, las horas y días de recepción, la suma de trabajo y tareas sociales tales como las de beneficencia y promoción de actividades (como la erección del monumento al cabo Noval, para el que había solicitado óbolo a sus lectores persuadiéndolos de su conducta heroica en la guerra de África, I, p. 24, hecho del que da cuenta también en el *Diario de la Marina*). Esta primera entrega tiene que completarse, en justa reciprocidad, con el último y recíproco tramo: "Madrid conquista a doña Emilia". Se precisa aquí su última residencia en su último lustro de vida, Princesa, 27, el recuento de sus reuniones vespertinas y cómo "Doña Emilia se siente muy a gusto en la Villa que ha superado el millón de habitantes. Casi hasta en los meses calurosos". Allí muere el 12 de mayo de 1921 (aunque la lápida de la iglesia de la Concepción equivoque el mes, como deja ver la fotografía, es muy rico el muestrario por cierto y muy iluminador) y bien señala C. Dorado al término de la primera entrega de su serie que "De no poder ser en sus amadas Mariñas coruñesas, es posible que no le hubiese importado quedar para siempre, y literalmente, en el corazón de Madrid". La cláusula condicional no es baladí, ya que ella había dispuesto el reposo eterno en la Granja de Meirás.

La segunda entrega de la serie de Carlos Dorado levanta acta de los paisajes y figuras madrileños en la obra literaria de Pardo Bazán. Es este un empeño comprometido porque no es fácil reunir en un haz tantas menciones y dar cuenta de otras tantas siluetas hoy desvanecidas en el olvido e insospechadamente fundadoras de la inventiva de la autora. ¿Cuántas claves hemos perdido, y no solo de su periplo madrileño en la novela, también del gallego y parisino, incluso del ruso en la sordina francesa refractado? Estamos ante una excelente muestra de la apoyatura real y verídica de los espacios y figuras históricos en este paseo ofrecido con amenidad y generoso afán por Carlos Dorado. Nos dice, por ejemplo, que Pardo Bazán colabora en una guía de la capital con motivo de las bodas reales, que la suya es una crítica constructiva a la ciudad (II, 202). Así, el tiempo en que transcurre la acción de *Pascual López* fue el que vivió en Madrid, conociendo la calle de la Montera y dando fehacientes muestras de sus platerías y fondas; en *Un viaje de novios* deja traslucir su conocimiento del Veloz Club, del Teatro de Apolo y de los ecos de la prensa; como *El Cisne*, ella misma acaricia la idea de triunfar en la Villa y Corte, a la que se entrega con fruición de narradora que conoce a fondo a Galdós en *Insolación* y su calle de Toledo, el Prado, la Carrera de San Jerónimo, la romería de la Pradera, las Cocheras de Caballero de Gracia, las Ventas del Espíritu Santo, la Fábrica de Tabacos... En

Morriña, la calle de San Bernardo, la plazuela de Santo Domingo, la calle del Pez, la nueva estación del Norte, la Gran Vía... Los barrios de Chamberí y Salamanca en *La prueba* darán paso, años después, al entramado madrileño de *La Quimera* y su mención de la calle de los Jardines, donde tiene su estudio Silvio y en cuyo bajo la autora evoca verazmente –lo sabe C. Dorado y nos lo dice– hubo un despacho de aguas minerales llamado “Aguas La Margarita”, de Jacometrezo, Caballero de Gracia, Arenal, San Lorenzo, la Red de San Luis.

Novelas cortas, cuentos y obras teatrales son traídos a colación para ilustrar itinerarios madrileños, algaradas estudiantiles en su calle, mendicidad y pillería, flaneos, chistes y ocurrencias, hasta dar un “magnífico álbum de paisajes y figuras” (II, 205). Se impone la predilección por los espacios abiertos y son elementos recurrentes el Retiro, el Palacio Real, la Casa de Campo, el Parque del Oeste, las márgenes del Manzanares, la Cuesta de las Perdices y los elogios al Teatro de la Princesa y el Ateneo, pese a sus estrecheces. El argot madrileño emerge con donosura, pero condena la moda de la flamenquería y el chulismo. C. Dorado se demora en contar su afición a los aguaduchos de Recoletos, su sensibilidad al problema social, su consideración del tranvía como una tradición democrática susceptible de chascarrillos como el del llamado cangrejo (II, 208). En III, 67, califica al tranvía de auténtico “personaje madrileño, muy estimado por ella”, especialmente el de la línea 2, que hacía el recorrido San Bernardo-Sol-Salamanca.

Como apunta con cuidado de orfebre el autor de estas interesantes páginas, Pardo Bazán hizo de Madrid otro salón (III, 67). Es, en efecto, arduo reconstruir su Salón de pasos perdidos “en la arena que aporta el tiempo” y en el velo que tendió sobre su vida privada. Son varios los entornos privilegiados por la autora coruñesa y C. Dorado va pormenorizando en varios núcleos con sus respectivos lugares principales esos ejes del pardobazaniano plano de Madrid. En primer lugar, el entorno de la Carrera de San Jerónimo: con la librería de Fernando Fe y su tertulia, Lhardy, el antiguo Casino, el Hotel de Rusia, el Cinematógrafo Lumière, el Teatro de la Reina Victoria, el anticuario Salcedo y sus vecinos y amigos Luis Pidal, Mariano de Cavia; la calle de Carretas, la de Atocha, la de la Montera, donde se ubicó el bazar de Schropp, la de Alcalá del Veloz Club, el café de Fornos y la chocolatería de doña Mariquita, y el consultorio del Dr. Uruñuela, que la operó de la garganta... Las calles donde se instalan las redacciones de los periódicos, los teatros y hoteles como el Palace, las iglesias que frecuentó, el Congreso, el palacio de Villahermosa, el de Medinaceli, la Sociedad de Autores en la de Fernánflor, una de sus sedes, el Paseo del Prado... En segundo lugar, el entorno de la calle de San Bernardo, en cuyo número 37 se situó durante 26 años la torre vigía de la sociedad madrileña, vale decir, su salón (III, 69), la antigua Universidad, la farmacia del Dr. Garrido; la calle de los Libreros, la librería de Victoriano Suárez, la Corredera de San Pablo, el teatro de Lara, pero también la redacción de *El Imparcial*, el Instituto Cardenal Cisneros (donde estudia su hija Blanca), la abaniquería de El Chino, la embajada de Rusia, la Cuesta de Santo Domingo, domicilio de Valera, la sede de *La España Moderna*, la Plaza de

la Ópera, la calle del Arenal, la residencia de Luis Vidart (“amigo paternal más que fraternal”, III, 69), la Plaza de la Villa, el Puente de Toledo... El tercer distrito de atención pardobazanianiana es, en la plantilla minuciosa que dibuja C. Dorado, el entorno del Paseo de Recoletos, con sus monumentos y lugares de esparcimiento, sus palacios, las casas de sus amigos, como Castelar y Galdós, la embajada de Rusia, el Hipódromo... El cuarto y último entorno es, finalmente, el de la calle de la Princesa, cuyo perfil topográfico es también precisado en detalle: la Cárcel Modelo, el Depósito de Cerámica, la Estación del Norte (“nudo entre los mundos de Pardo Bazán”, III, 71), la ermita de San Antonio, el Taller de Encaje, el monumento al cabo Noval, el palacio de Liria...

Es un privilegio efectuar los recorridos madrileños que cupo hacer a doña Emilia de la mano de Carlos Dorado, quien propicia con su serie rotaria una invitación a recuperar aquellos caminos al leer a nuestra autora recreando sus espacios exteriores, un mundo que nos abre el acceso a otros más recónditos. Gracias a esta serie de trabajos, fruto sin duda de largos años de frecuentación de la obra de la autora, el universo madrileño de doña Emilia lo es cada vez menos.

Cristina Patiño Eirín

Universidade de Santiago de Compostela.